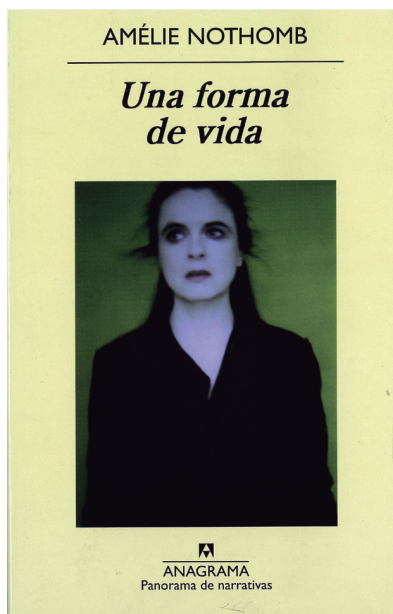


Reseña



Una forma de vida

Barcelona; Anagrama, 2012, 146 págs.

Amélie Nothomb

Traducción de Sergi Pàmies

Los límites entre la realidad y la ficción son casi siempre transgredidos cuando una novela habla de temas históricos, o cuando es la vida del autor la que se presenta en las páginas, ya este se presente con su nombre, ya bien cuando emplee un seudónimo al que agregue características que nos permitan reconocerlo. ¿Cuáles son los límites entre la vida de la escritora Amélie Nothomb y su obra? En el conjunto de sus novelas, publicada a razón de una por año, la autora belga ha mezclado tanto escenarios de su propia vida —*El sabotaje amoroso* (1993), *Estupor y temblores* (1999), *Ni de Eva ni de Adán* (2007)—, como historias absolutamente ficticias y distantes a su propia experiencia. En *Una forma*

de vida novela de 2010, publicada por editorial Anagrama en 2012, Nothomb deja el relato biográfico y escribe una novela a partir de la autoficción: nos encontramos con la correspondencia entre la escritora de habla francesa Amélie Nothomb y el soldado estadounidense de segunda clase Melvin Mapple. La escritora es real, el soldado no.

A partir de la lectura de un artículo sobre la epidemia de obesidad en el ejército estadounidense establecido en Irak, Nothomb decidió construir un relato en el que pudiera tratar el tema de la invasión norteamericana y la situación de las tropas. No es, sin embargo, una crítica abierta, ni un discurso panfletario contra la invasión. Nothomb es más sutil, y a partir de la tragedia de un solo individuo consigue exponer su perspectiva sobre este conflicto sin necesidad de escribir una obra de denuncia.

La novela arranca en diciembre de 2008 cuando la autora recibe “una carta distinta a todas las demás” (p. 7). Quien la envía es el soldado del Ejército de los Estados Unidos Melvin Mapple. Escribe desde Irak y confiesa que su vida allí es un completo infierno. Melvin pide en su primera carta un poco de comprensión. Nothomb, quien no desea comprometerse en escuchar sufrimientos ajenos, opta por enviarle al soldado sus libros traducidos al inglés. Melvin responde que ya ha leído todas las novelas de la autora. Así siguen intercambiándose

breves cartas y Melvin se da a conocer: tiene treinta y nueve años, y se enroló en el ejército tras pasar algún tiempo recorriendo su país, en la pobreza, hasta que por hambre decidió enlistarse. Seguro de vivir en un tiempo de paz, las fuerzas armadas le ofrecían una ocupación, y, principalmente, comida. Todo cambia para Melvin tras los ataques terroristas de 2001, y posteriormente la invasión de Irak. En medio de los combates y los horrores de la violencia, Melvin empieza a comer desafortadamente; encuentra en su gula una forma de sobrellevar el terrible escenario que lo rodea. El ejército provee comida ilimitada a su personal y de esta manera algunos soldados desarrollan adicción a la comida.

El diálogo por escrito se intensifica a medida en que Nothomb se interesa más en Melvin: la relación del soldado con su gordura no es simplemente un asunto de salud, o de estética; se va convirtiendo poco a poco en parte de su ser, en algo con lo que vive, tanto como una característica de su identidad, como algo que él mismo ha desarrollado, de forma similar a como el artista produce su trabajo: "(...) esa obesidad se convirtió en mi obra. Sigo trabajando en ella con ardor. Devoro como un poseso". (p. 56) El tema de la obesidad consigue traspasar el simple contexto en que la observamos, como un fenómeno de salud, de comportamiento, de tendencia marginal apuntado hacia la burla, la piedad o cualquier otra forma de estigmatización. Nothomb evita las salidas fáciles en su novela y propone otras visiones: Melvin pasa distintas etapas que lo llevan a comprenderse, a ver todos los alcances de su estado: el sobrepeso como un cuerpo ajeno, como una carga que debe llevar sobre sí, todo el tiempo, como si fuera un esclavo; también como una forma de protesta ante la guerra: lo opuesto a una huelga de hambre: "Todas las guerras han dejado huellas imborrables por doquier: entre los males perdurables ocasionados por la guerra de Irak, creo que la obesidad será la más emblemática. La grasa humana será para George W. Bush lo que el napalm fue para Johnson". (p. 71) Eventualmente, inspirado por una idea de la propia Amélie, Melvin empieza a llevar un diario fotográfico de su aumento interminable de peso, pretendiendo con esto llevar su problema hacia las esferas del arte.

Nothomb es una escritora cuya simplicidad de estilo resulta engañosa. Mediante un lenguaje desprovisto de encajes literarios, de metáforas y símiles, de detalladas descripciones o juegos sonoros de palabras, sabe utilizar un humor basado casi por entero en la ironía. Opuesta a la imagen mundialmente extendida del joven y apuesto soldado norteamericano, Mapple nos es descrito como un militar monstruosamente gordo: "Era una hinchazón expansiva: podías sentir cómo la carne buscaba continuas e inéditas posibilidades de extenderse, de hincharse, de ganar terreno. La grasa reciente tenía que cruzar continentes enteros de tejidos adiposos para ensancharse en la superficie, antes de encostrarse como la albardilla de un asado, para luego transformarse en un zócalo de nueva grasa" (p. 97). Melvin Mapple no solamente no es un héroe de guerra, sino un objeto vergonzoso; un producto de la cultura misma estadounidense, no solamente de la guerra, sino del consumo excesivo, del modo de vida cada vez más sedentario incluso en el frente de combate. Nothomb, a través de las cartas de Mapple, nos muestra al ejército ocupante como una pequeña nación a la que no le falta comida ni tiempo libre para que sus miembros engorden como lo harían en casa.

La autora no necesita, sin embargo, caricaturizar al soldado estadounidense como a un estúpido sin educación. Mapple ha leído toda la obra de la escritora y en alguna de sus cartas hace un par de referencias literarias. Redacta largas cartas en las que consigue exponer claramente sus problemas, y está consciente de las mentiras, las tragedias y los crímenes presentes a su alrededor. Esto no implica que Mapple y Nothomb consigan entenderse, ni que el intercambio de cartas de esta novela sea una conversación epistolar entre dos amigos: el sarcasmo de la autora belga pasa completamente desapercibido para el soldado norteamericano, quien se termina tomando demasiado en serio cada cosa que le escribe la autora, llevándolo en ese camino a justificar y defender su condición de obeso.

Amélie Nothomb, como personaje, solo cumple un pequeño papel, como contraparte en el diálogo en el que se construye la figura y visión del soldado Mapple, y desde ese punto, se presenta en esta novela la guerra: “Aunque sea menos culpable que George W. Bush y su camarilla, sigo siendo culpable. He participado en este horror, he matado soldados, he matado civiles. He volado viviendas en las que había mujeres y niños, que murieron por mi culpa”, explica el soldado (p. 34); y su sentido de culpabilidad ayuda a incrementar su gordura. Mapple ha entrado en el ejército por la banal razón del hambre y su falta de una ocupación en la vida civil. Al ser trasladado al combate sufre una alteración, y cuantos más crímenes comete —aunque el texto no trata al personaje directamente como a un criminal de guerra— mayor es su deformación al sobrealimentarse. Para Mapple, el comer no reviste ya placer alguno, sino un alivio similar al de cualquier droga: “una guerra moderna no puede soportarse sin estupefacientes. En Vietnam, los nuestros disponían de opio, que, digan lo que digan, provoca una dependencia muy inferior a la que hoy tengo con los bocadillos de pastrami” (p. 33).

Posiblemente el tema principal de esta novela sea cómo la guerra consigue alterar la condición y personalidad de quien cae en ella. Es un asunto ya tratado por cientos de libros y películas. En *Una forma de vida*, Nothomb se sale del lugar común del soldado como hombre que se desfigura y se convierte en un demente; Mapple no se muestra lleno de rencor; no odia a sus enemigos, ni se muestra como un hombre violento, mas está igualmente separado de la sociedad; sabe que si regresa a los Estados Unidos no conseguirá un lugar de manera tan fácil, que será objeto del rechazo de los demás. Mapple sufre de los traumatismos usualmente relacionados con verse entre la muerte y la violencia de la guerra, mas no los exterioriza con un oscuro discurso de pesadillas y alucinaciones, sino a través de su adicción a comer.

La historia no termina ahí. Mapple, gracias a su intercambio de cartas con Nothomb, consigue aceptar y darle un curso nuevo a su gordura; un sentido a ese ser en el que se ha convertido tras su paso por la guerra. Pero hay un aspecto oculto en la identidad de este soldado Melvin Mapple; su vida, y lo que cuenta en sus cartas a la escritora Amélie Nothomb, no es la verdad absoluta, sino otra forma de construcción de identidad para sobrellevar el peso de sus kilos extra.

Finalmente tenemos el tema de literatura epistolar y al autor como parte de una ficción. Nothomb es una escritora disciplinada; escribe cada día desde el amanecer a mano, durante cuatro horas; no usa computador, y desconoce casi todo sobre internet y las nuevas tecnologías. Esto no la aísla del

mundo; en vez de ello, y a diferencia de muchos escritores, le gusta mantener contacto con sus lectores a través del correo. Lee, según ha afirmado en algunas entrevistas, cerca de cuarenta cartas al día y responde tantas como puede. Así, la historia que se nos va narrando posee todas las características para haber ocurrido realmente. Si tenemos en cuenta que, en novelas como *Estupor y temblores*, en la cual Nothomb nos describe sus días como ayudante de oficina en una empresa de Tokio, están basadas en momentos reales de su pasado, ¿dudaríamos acaso de la veracidad de la historia ofrecida en *Una forma de vida*? Este es precisamente el juego propuesto al lector: Nothomb cuenta su relación epistolar con Mapple con la naturalidad de quien describe una anécdota interesante a un conocido. En su relato se mezclan algunas reflexiones, pero el tema principal son aquellas largas cartas donde el soldado habla de su vida. La historia, además, tampoco cuenta con las características de la literatura fantástica que nos hagan dudar de su verosimilitud; el vocabulario de Mapple, aunque cuidadoso y muy legible, no da a entender, tampoco, que se trate de alguien con las mismas competencias lingüísticas de la autora. El realismo con el que se nos presenta Melvin Mapple podría hacernos creer que se trata de uno de los tantos lectores fanáticos de Nothomb con quienes ella dialoga a través del correo análogo.

Nothomb no teme presentarse como personaje de sus historias, o hablar de asuntos personales —ejemplo de esto es *Biografía del hambre* (2004) en la que trata el tema de su anorexia—. A diferencia de casi todos los autores contemporáneos, la imagen un tanto excéntrica de esta escritora de cuarenta y seis años, aparece en las ilustraciones de portada de todas sus novelas, como si, de alguna manera, el material de estas fuera algo inseparable de su vida personal, de su identidad. No simples relatos escuchados de pasada, o imaginados y puestos por escrito como ejercicios de la imaginación o tratados de grandes temas, sino fragmentos de su vida que se le comparten al lector como un secreto, mientras aquel, al dar cuenta del relato, no pondrá objeciones en lo que lee.

Juan Pablo Bonilla

Estudios Literarios
Universidad Autónoma de Colombia